

# NACIONALISMO OCCIDENTAL Y NACIONALISMO ORIENTAL

## *¿HAY ALGUNA DIFERENCIA IMPORTANTE?*

Felizmente, ya no oímos hablar en exceso de los valores asiáticos. Estos «valores» eran demasiado descaradamente retóricos, eufemismos utilizados por ciertos dirigentes estatales para justificar el gobierno autoritario, el nepotismo y la corrupción. La crisis financiera de 1997, en cualquier caso, echó por tierra sus afirmaciones de que habían encontrado una senda rápida hacia el crecimiento y la prosperidad económica permanentes. Pero la idea de que hay una forma claramente asiática de nacionalismo no sólo continúa con nosotros en gran medida, sino que sus raíces se retrotraen a más de un siglo<sup>1</sup>. Está bastante claro que, en última instancia, los orígenes se encuentran en la notoria insistencia de un imperialismo racista europeo en que «el Este es el Este y el Oeste es el Oeste, y no hay acercamiento posible entre ambos». Pero esta insistencia en una irremediable dicotomía racial comenzó a ser utilizada, a comienzos del siglo xx, por una serie de nacionalistas de diferentes partes de Asia para movilizar la resistencia popular contra una dominación ahora completamente extranjera. ¿Es dicha dicotomía radical realmente justificable, ya sea en el plano teórico o en el empírico?

Personalmente, no creo que las distinciones más importantes entre los nacionalismos –en el pasado, en el presente o en futuro cercano– avancen paralelas a las líneas divisorias entre Oriente y Occidente. Los nacionalismos más antiguos de Asia –me refiero a India, Filipinas y Japón– son más antiguos que muchos de los europeos y de las posesiones europeas en ultramar: Córcega, Escocia, Nueva Zelanda, Estonia, Australia, Euskadi, etc. El nacionalismo filipino, en sus orígenes, resulta –por razones claras– muy similar a los de Cuba y América Latina; el nacionalismo meiji pre-

---

<sup>1</sup> Texto de una conferencia pronunciada en Taipei, abril de 2000.

senta obvias similitudes con los nacionalismos oficiales de finales del siglo XIX que encontramos en la Turquía otomana, la Rusia zarista y la Gran Bretaña imperial; el nacionalismo indio es morfológicamente análogo al encontrado en Irlanda y Egipto. Debería añadirse también que lo que la gente ha denominado Este y Oeste ha variado sustancialmente a lo largo del tiempo. Durante bastante más de un siglo, en inglés se hizo comúnmente referencia a la Turquía otomana como al enfermo de Europa, a pesar de la orientación religiosa islámica de su población, y hoy en día Turquía intenta denodadamente entrar en la Comunidad Europea. En Europa, que durante mucho tiempo se consideró a sí misma completamente cristiana –olvidando a la musulmana Albania–, el número de musulmanes aumenta rápidamente día a día. Rusia fue durante mucho tiempo considerada en gran parte una potencia asiática, y hay todavía muchos europeos que siguen pensando así. Podría añadirse que, en el propio Japón, hay algunos que se consideran una especie de blancos. ¿Y dónde comienza y termina el Este? Egipto está en África, pero formaba parte de Oriente Próximo y ahora, en el ámbito anglosajón, se ha convertido, con el fin de Oriente Próximo, en Oriente Medio. Papúa Nueva Guinea es un Oriente tan extremo respecto a Europa como el propio Japón, pero no se considera a sí misma de esa manera. El valiente y joven Estado de Timor Oriental está intentando decidir si va a formar parte de Asia sudoriental o de una Oceanía que desde algunos puntos de vista –por ejemplo, Lima y Los Ángeles– podría considerarse el Extremo Oeste.

Estos problemas se han confundido más debido a las migraciones masivas de poblaciones a través de los límites supuestamente fijos de Europa y Asia. Desde la apertura, en 1842, de los puertos chinos incluidos en el tratado, millones de personas del Reino Celestial comenzaron a emigrar al exterior, primero a Asia sudoriental, Australia y California, y después al resto del mundo. El imperialismo llevó a los indios a África, a Asia sudoriental, a Oceanía y al Caribe; los javaneses emigraron a América Latina, Suráfrica y Oceanía; los irlandeses a Australia. Los japoneses viajaron a Brasil, los filipinos a España, etc. La Guerra Fría y el período subsiguiente aceleraron el proceso, incluyendo ahora a coreanos, vietnamitas, laosianos, tailandeses, malasio, tamiles y otros. De ahí la existencia en iglesias de Corea, China y Japón; las mezquitas de Manchester, Marsella y Washington DC; los templos budistas, hindúes y sij de Los Ángeles, Toronto, Londres y Dakar. Todo en las comunicaciones contemporáneas sugiere que estos flujos continuarán y quizá se acelerarán; incluso el otrora aislado Japón tiene más residentes extranjeros que en cualquier otro momento de su historia, y su perfil demográfico hará todavía más esenciales a los inmigrantes si desea que continúen su prosperidad y su desarrollo.

Qué va a surgir de estas migraciones –qué identidades se están produciendo y se producirán– es una pregunta enormemente compleja y carente aún de respuesta. Quizá les divierta que, a este respecto, introduzca una breve anécdota personal. Hace unos cuatro años di un seminario de

doctorado en la Universidad de Yale sobre nacionalismo, y al comienzo pregunté a cada alumno su identidad nacional, aunque fuese provisional. En la clase había tres estudiantes que, a mi modo de ver, parecían «chinos», por sus rasgos faciales y su color de piel. Sus respuestas nos sorprendieron a mí y a sus compañeros. El primero, hablando con pleno acento de la costa Oeste de Estados Unidos, afirmó categóricamente que era «chino», aunque resultó que había nacido en Estados Unidos y nunca había estado en China. El segundo explicó en voz baja que estaba «intentando ser taiwanés». Pertenecía a una familia del KMT que se había trasladado a la isla con Chiang Kai-Shek en 1949, pero había nacido en Taiwan, y tenía esa nacionalidad, luego no era «chino». El tercero dijo enojado, «soy de Singapur, maldita sea. Estoy harto de que los estadounidenses piensen que soy chino, ¡no lo soy!». Así que resultó que el único chino era el estadounidense.

### *Nacionalismos criollos*

Si, como he sostenido, las distinciones entre Este y Oeste, Europa y Asia, no son los ejes más realistas o interesantes sobre los que basar el nacionalismo, ¿cuáles podrían ser, quizá, las alternativas más fructíferas? Uno de los argumentos centrales de mi libro *Imagined Communities* es que ningún nacionalismo se puede entender sin reflexionar sobre las formas políticas más antiguas de las que ha emergido: reinos, y especialmente imperios de tipo premoderno y de comienzos de la modernidad. La primera forma de nacionalismo —que yo he denominado nacionalismo criollo— surgió de la enorme expansión de estos imperios ultramarinos, a menudo, aunque no siempre, muy lejanos. Fue promovido por las poblaciones de colonos del antiguo país, que compartían la religión, el idioma y las costumbres de la metrópoli, pero se sentían cada vez más oprimidos y alejados de ella. Estados Unidos y los diversos países de América Latina, que se independizaron entre 1776 y 1830, son los famosos ejemplos de este tipo de nacionalismo. Una de las justificaciones, más tarde o más temprano, de estos nacionalismos criollos fue también su historia específica, y especialmente su mezcla demográfica de los pueblos colonizadores e indígenas, por no decir nada de las tradiciones, geografías, climas locales, etcétera.

Dichos nacionalismos criollos están todavía muy vivos, e incluso se podría decir que en expansión. El nacionalismo de asentamiento francés en Quebec sigue aumentando desde finales de la década de 1950, y sigue tambaleándose al borde de la separación de Canadá. En mi propio país, Irlanda, la cuestión del «colono» en el Norte sigue candente y ha impedido hasta ahora la plena integración del país. En el sur, algunos de los primeros nacionalistas, los Jóvenes Irlandeses de la rebelión de 1798, procedían de familias de colonos o, como mis propios antecesores, que participaron en dicha rebelión, de familias mixtas entre colonos e indígenas, y con orígenes celtas y católicos. Los australianos y los neozelande-

ses están ocupados en la actualidad con los nacionalismos criollizados, intentando distinguirse del Reino Unido mediante la incorporación de elementos de las tradiciones y los simbolismos aborígenes y maoríes. Por el momento, podría parecer que tan solo nos referimos a Occidente. A riesgo, sin embargo, de resultar un poco ofensivo, me gustaría sugerir que algunas características del nacionalismo taiwanés son claramente criollas, como, en una vena un tanto diferente, lo son las del nacionalismo de Singapur.

Los principales partidarios de estos nacionalismos son colonos «de ultramar» procedentes de las regiones costeras del sureste del Reino Celestial, algunos huidos del Estado imperial, otros enviados por dicho Estado. Estos colonos se impusieron, a veces de manera pacífica e integradora, a veces por la violencia, sobre los pobladores preexistentes, de una manera que nos recuerda a Nueva Zelanda y Brasil, Venezuela y la Suráfrica de los boers. Compartiendo, en diversos grados, la religión, la cultura y el idioma con la metrópoli, estos países criollos desarrollaron, no obstante, con el tiempo, tradiciones, simbolismos, experiencias históricas diferentes, y finalmente avanzaron hacia la independencia política, cuando consideraron que el centro imperial era demasiado opresivo y remoto. No deberíamos permitirnos hacer excesivo hincapié en la importancia única de los cincuenta años que Taiwan vivió bajo el gobierno imperialista japonés. Después de todo, los colonos franceses de Quebec sufrieron durante casi 200 años el gobierno imperial británico, al igual que los holandeses de Suráfrica durante medio siglo. Y tampoco es fácil sostener que la cultura imperialista japonesa estuviese significativamente más alejada de la cultura «china» de ultramar que la cultura imperialista británica lo estaba de los «franceses» y «holandeses» de ultramar.

Y tampoco se puede afirmar que exista una distinción fácil entre los racistas europeos o los criollos occidentales y el resto. Estados Unidos, Suráfrica y Argentina eran extremadamente racistas, pero sería difícil decir que los quebequeses fuesen más racistas que los emigrados del sureste de China a Taiwan o los emigrados japoneses a Brasil. Si este argumento es cierto, tenemos una forma criolla de nacionalismo que surge en los siglos XVIII, XIX, XX y, seguramente, también en el XXI, en América, en Europa, en África y en las antípodas, así como en Asia. Un fenómeno mundial. Con un efecto secundario inesperado: hay muchas naciones hoy que comparten (con sus propias variaciones) el español, el francés, el inglés o el portugués, sin que ninguno de ellos imagine que «posee» dicho idioma. Es agradable pensar que el «chino» pronto seguirán sus pasos.

Una segunda forma de nacionalismo, extensamente analizado en *Imagined Communities*, y que parece pertinente aquí, es lo que yo he denominado, siguiendo a Hugh Seton-Watson, nacionalismo oficial. Esta forma de nacionalismo surgió históricamente como respuesta reaccionaria a los nacionalismos populares, dirigidos desde abajo contra los gobernantes, los aristócratas y los centros imperiales. El ejemplo más famoso es el proporcionado por la Rusia imperial, donde los zares gobernaban sobre

cientos de grupos étnicos y múltiples comunidades religiosas, y en sus propios círculos hablaban francés, un signo de su civilizada diferencia respecto de los súbditos. Era como si sólo los campesinos hablaran ruso. Pero al extenderse los nacionalismos populares por el imperio (ucraniano, finés, georgiano, etc.) en el siglo XIX, los zares decidieron finalmente que, después de todo, eran rusos, y en la década de 1880 –hace sólo 120 años– se embarcaron en la fatal rusificación de sus súbditos, o, por así decirlo, de convertir a los zares y a sus súbditos en el mismo pueblo, exactamente lo que antes se había evitado. De la misma forma, Londres intentó anglizar Irlanda (con notable éxito), la Alemania imperial intentó germanizar su parte de Polonia (con muy poco éxito), la Francia imperial impuso el francés a la Córcega de habla italiana (con éxito parcial) y el imperio otomano intentó imponer el turco al mundo árabe (sin éxito alguno). En todos estos casos, por citarme a mí mismo, se puso gran empeño en estirar la piel corta y tirante de la nación sobre el enorme cuerpo del antiguo imperio.

¿Se puede decir que esta forma de nacionalismo fuese únicamente occidental o europea? No lo considero posible. Podemos, por ejemplo, considerar el extraño caso de Japón, recientemente analizado en un notable libro de Tessa Morris-Suzuki<sup>2</sup>. La autora ilustra con maravilloso detalle la abrupta transformación producida por la Restauración meiji respecto de la forma en que se consideró y se manejó a los ainu y a los habitantes de las islas Ryukyu. La política del shogunato Tokugawa había sido durante mucho tiempo la de prohibir a los *ainu* vestirse como los japoneses del clan Tokugawa o adoptar sus costumbres y tradiciones; de la misma forma, a los enviados de las Ryukyu que traían tributos a Edo recibían instrucciones de que se vistiesen de forma tan exóticamente china como fuese posible. En ambos casos, la idea básica era mantener a estos pueblos periféricos (bárbaros) tan alejados como fuese posible del centro imperial. Pero con el ascenso del nacionalismo oficial meiji, la política dio un giro completo: los ainu y los habitantes de las Ryukyu se consideraban ahora como tipos primitivos y antiguos de la misma raza japonesa que los propios oligarcas meiji. Todos los esfuerzos, persuasivos y más a menudo coercitivos, estaban dirigidos a japonizarlos (con éxito variable). Se podría sostener que la posterior política imperial en Corea y Taiwan seguía la misma lógica. Los coreanos debían llevar nombres japoneses y hablar japonés, y los taiwaneses, como hermanos menores, deberían quizá seguirlos. Se pensaba que acabarían convertidos en japoneses, aunque fuese de segunda clase. Exactamente igual que los irlandeses en el Reino Unido hasta 1923, y los polacos en Alemania hasta 1920.

El caso, con mucho, más espectacular e irónico lo proporciona, sin embargo, el Imperio Celestial, gobernado desde 1644 hasta su caída, hace

---

<sup>2</sup> *Re-Inventing Japan: Time, Space, Nation*, Nueva York, Armonk, 1998.

menos de 90 años, por una dinastía manchú, y de habla también manchú. (No hay, por supuesto, nada extraño en esto. No ha habido una dinastía inglesa en Gran Bretaña desde el siglo XI: los dos primeros gobernantes de la actual familia real, los alemanes Jorge I y II, prácticamente no hablaban inglés, y a nadie le importaba.) Es un símbolo notable de lo reciente del nacionalismo chino el que esta curiosa situación importase a muy pocos hasta hace aproximadamente 110 años. No hubo un intento de «manchuficar» a la población, ni siquiera al mandarinato, porque el prestigio de los gobernantes radicaba, como en cualquier otra parte, en la diferencia, no en la similitud. La emperatriz viuda intentó, al final, explotar la hostilidad popular contra los imperialistas occidentales en nombre de la tradición china, pero era demasiado tarde; la dinastía se desvaneció en 1911 y, en cierta medida, también los manchúes. El escritor más popular de China en la actualidad, Wang Shuo, es manchú, pero no hace publicidad de este hecho.

Cuando por fin surgió el nacionalismo chino, era bastante tarde en el tiempo histórico mundial. Esto es lo que permitió al maravilloso Li Ta-Chao escribir un famoso artículo sobre China en su primavera, algo completamente joven y nuevo. Pero surgió en una situación muy peculiar, por lo que hay pocas comparaciones mundiales. China estaba profundamente penetrada por los diversos imperialismos de la época, incluido el japonés, pero no verdaderamente colonizada. Había demasiados imperialismos competidores para entonces, e incluso Gran Bretaña, que tenía problemas para tragarse a la enorme India, palidecía ante la idea de tragarse a la todavía mayor China imperial. (La comparación más cercana quizá sea la Etiopía imperial.) Además, en la medida en que la China imperial tenía verdaderas fronteras, las compartía con un débil zarismo rusificante que estaba ya dando sus últimos estertores. La victoria naval japonesa sobre la armada zarista tuvo lugar sólo seis años antes de la caída de la dinastía manchú, y 12 años antes de que el zarismo llegase a su sangriento final. Todo esto animó a la mayoría de los nacionalistas chinos de primera generación a imaginar que el imperio podía, sin mucho problema, convertirse en una nación. Éste era el sueño de Enver Pachá en Estambul en esa misma época, del coronel Mengistu Mariam en Addis Abeba tres generaciones después, y del coronel Putin en Moscú, hoy en día. Combinaron, por lo tanto, sin mucha meditación, el nacionalismo popular del movimiento antiimperialista mundial con el nacionalismo oficial de finales del siglo XIX; y sabemos que este último era un nacionalismo emanado del Estado, no del pueblo, y pensado para el control territorial no para la liberación popular. De ahí el absurdo espectáculo de que alguien como Sun Yat-Sen, un genuino nacionalista popular, presentase también absurdas reivindicaciones sobre territorios situados en diversas partes de Asia sudoriental y central, basándose en reales o imaginarias conquistas de los gobernantes dinásticos, muchos de ellos de origen no chino, contra quienes supuestamente luchaba su nacionalismo popular. Tanto el KMT como el PCC asumieron posteriormente su herencia, en diversas proporciones y épocas.

Al mismo tiempo, el antiguo Imperio Celestial no era tan único como acabo de presentar. En diversas medidas, sus herederos llegaron, en diferentes épocas, a aceptar el tipo de límites y los nuevos Estados que el imperialismo y el nacionalismo anticolonial estaban forjando, el menos en la periferia: Mongolia, Corea, Vietnam, Birmania, India y Pakistán. Esta aceptación procedió también de la nueva idea de que los chinos eran una nación, y como tal, en los aspectos básicos, igual que docenas de naciones representadas en Naciones Unidas, y en su predecesor, la Liga. Algunos historiadores taiwaneses han demostrado también que varias veces, entre 1895 y 1945, los grupos dominantes del continente aceptaron de hecho el *status* de Taiwan como colonia japonesa, y apoyaron la lucha del pueblo taiwanés para independizarse de Japón, al igual que apoyaron en ocasiones al pueblo de Corea. Las contradicciones entre el nacionalismo popular y el oficial, tan llamativamente evidentes hoy en día en la China continental, no son, como ya he dicho, únicas. Se pueden encontrar en otras partes del mundo. Pero son especialmente importantes hoy en día, debido al vasto tamaño de China, a su inmensa población, y a un gobierno que, habiendo abandonado efectivamente el socialismo que una vez justificó su dictadura, muestra todos los signos de convertirse al nacionalismo oficial para conseguir una renovada legitimación de su poder.

### *Los anteojos del pasado y los del futuro*

Hay otra característica del nacionalismo oficial que, en todo el planeta, tiende a distinguirlo de otras formas de nacionalismo. Probablemente sea justo decir que todas las sociedades organizadas en tiempos pretéritos dependían (en parte) para su cohesión de albergar concepciones fantásticas sobre el pasado no demasiado antagónicas entre sí. Estas concepciones se transmitían mediante la tradición oral, la poesía popular, las enseñanzas religiosas, las crónicas de la corte, etc. Lo que es realmente difícil de encontrar en dichas concepciones fantásticas es una intensa preocupación por el futuro. Cuando el nacionalismo entró en el mundo, a finales del siglo XVIII, sin embargo, todo esto cambió de manera fundamental. La velocidad cada vez mayor con la que se producía el cambio social, cultural, económico y político, favorecida por la revolución industrial y el moderno sistema de comunicaciones, convirtió a la nación en la primera forma política y moral firmemente basada en la idea de progreso. Ésta es también la razón por la que el concepto de genocidio es de invención reciente, aunque los antiguos archivos recogen nombres de cientos de grupos que han desaparecido calladamente a lo largo de los siglos sin que apenas nadie se diese cuenta o se preocupase por ello. La rapidez del cambio y el poder del futuro tuvo también el *efecto de alterar fundamentalmente las ideas de la gente sobre el pasado*.

*En Imagined Communities* he intentado iluminar la naturaleza de este cambio comparándolo con las dificultades a las que nos enfrentamos cuando nos enseñan fotografías de cuando éramos bebés. Son dificultades que

sólo la memoria industrial, en forma de fotografías, produce. Nuestros padres nos aseguran que estos bebés somos nosotros, pero nosotros no recordamos haber sido fotografiados, no conseguimos imaginarnos cómo éramos cuando teníamos un año, y no nos reconoceríamos sin la ayuda paterna. Lo que ha sucedido, en efecto, es que aunque hay incontables indicios del pasado a nuestro alrededor –monumentos, templos, documentos escritos, tumbas, utensilios, etc.–, este pasado nos resulta cada vez más inaccesible y ajeno. Al mismo tiempo, por todo tipo de razones, sentimos que lo necesitamos, aunque sólo sea como una especie de ancla. Pero esto significa que nuestra relación con el pasado es hoy en día mucho más política, ideológica, controvertida, fragmentaria, e incluso oportunista, que en épocas anteriores.

Éste es un fenómeno mundial, básico para el nacionalismo. Pero la China continental nos ofrece, de nuevo, ejemplos muy interesantes, y seguirá haciéndolo. Una vez al año, el gobierno organiza un gigantesco espectáculo televisivo, que dura varias horas y es extremadamente popular, mostrando los diferentes pueblos que componen la población de la RPC. Lo realmente notable de este largo espectáculo es la drástica distinción entre los componentes de la mayoría *han* y las diversas minorías. A las minorías se las hace aparecer con sus trajes tradicionales más coloristas, y, de hecho, componen una espléndida imagen. Los *han*, sin embargo, no pueden utilizar sus trajes tradicionales, aun cuando sabemos, por las pinturas y otros documentos históricos, lo coloridos y hermosos que en realidad eran. Los hombres, por ejemplo, aparecen con trajes de negocios, derivados de los modelos franceses e italianos, que no tienen en sí nada *han*. Los *han* se manifiestan, por lo tanto, como el futuro, y las minorías como el pasado, en un cuadro absolutamente político, aunque no sea completamente consciente. Este pasado, del que las minorías son un símbolo visible, forma también parte del gran pasado sobre el que se legitima la extensión territorial del territorio chino. Desde luego es, por consiguiente, un pasado chino.

Naturalmente, en esta línea del discurso oficial, cuanto más viejo sea el pasado, mejor. Podemos echar un curioso vistazo de refilón a este fenómeno si consideramos los aspectos de la arqueología que el Estado patrocina. Un aspecto especialmente extraño ha surgido en la reacción a la teoría, en general aceptada, de que la especie claramente humana surgió con toda probabilidad en lo que hoy es el África oriental. Es evidente que en los círculos oficiales no resulta una idea agradable el que los antepasados definitivos del gran pueblo *han*, como los de todos los demás pueblos, viviesen en África, no en China, y difícilmente se puedan describir como chinos. Por lo tanto, se ha aportado un considerable presupuesto para la búsqueda de restos físicos, dentro de las fronteras de la actual China, que sean a un tiempo más antiguos y completamente diferentes de los encontrados en África. Mi intención aquí no es ridiculizar a Pekín, aunque sea bastante fácil hacerlo, sino resaltar su comparabilidad. La forma más sencilla de demostrar esto es decirles que cuando yo era muy joven, en



Irlanda, mi madre me encontró, en una librería de segunda mano, un grueso volumen, para niños, titulado *History of English Literature*. La edición original databa de finales del siglo XIX, cuando Irlanda formaba todavía parte del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda. El largo capítulo introductorio muestra a Londres buscando un pasado muy antiguo, de la misma forma que Pekín. Este capítulo analiza una épica oral en gaélico, denominada el *Libro de la Vaca Parda* (o Castaña), escrito en el siglo XI dC, cuando todavía no existía el inglés tal y como lo conocemos. De mayor, descubrí por casualidad una edición posterior del mismo libro, publicada en la década de 1930. En esa época, la mayor parte de Irlanda se había independizado, por lo que no resulta sorprendente que el capítulo sobre la Vaca Castaña hubiese desaparecido, como si nunca hubiese existido.

### *La batalla de los idiomas*

Permítaseme finalmente pasar a otra forma de nacionalismo que, por lo que yo puedo decir, tiene un origen claramente europeo, y puede pensarse incluso que es occidental en cualquier sentido útil. Es una forma que yo denomino nacionalismo lingüístico; comenzó a aparecer a comienzos del siglo XIX, en los imperios dinásticos de Europa, y tuvo sus orígenes filosóficos en las teorías de Herder y Rousseau. La creencia subyacente era que cada nación verdadera estaba marcada por su lengua y su cultura literaria peculiares, las cuales expresaban el genio histórico de ese pueblo. De esa manera, se dedicó una enorme energía a la elaboración de diccionarios de muchos idiomas que carecían de ellos en aquel momento: checo, húngaro, ucraniano, serbio, polaco, noruego, etc. Se escribieron las literaturas orales y se difundieron a través de la imprenta, mientras lentamente comenzaba a aumentar la literatura popular. Estas producciones se utilizaron para luchar contra la dominación de las grandes lenguas de los imperios dinásticos, como el otomano, el alto alemán, el francés parisino, el inglés del rey y, finalmente, también el ruso moscovita. En ocasiones, estas campañas tuvieron éxito, y en otras no; en cada caso el resultado estuvo políticamente determinado. Los éxitos son bien conocidos, y no necesitamos detenernos en ellos. Los fracasos se conocen menos y son muy interesantes. En el siglo XIX, por ejemplo, París consiguió, mediante el control del sistema escolar y de la mayoría de las publicaciones, reducir los múltiples idiomas hablados en Francia al estado de dialectos. Menos éxito tuvo Madrid en convertir los múltiples idiomas hablados en España (por ejemplo, catalán y gallego) en meros dialectos del castellano. Londres estuvo muy cerca de eliminar completamente el gaélico como lengua viva, pero hoy en día está teniendo un considerable resurgimiento.

Si nos fijamos de nuevo en Asia, encontramos una enorme variedad de intentos de nacionalismo lingüístico que resultan muy útiles para el estudio comparativo. La variedad en sí subraya la dificultad de sostener que existe una única forma de nacionalismo asiático. Los gobernantes meiji

siguieron el ejemplo de París, imponiendo el habla de Tokio al resto del país, y reduciendo todas las demás formas a la categoría marginal de dialectos, en una época en la que el idioma hablado de Kyushu era ininteligible en Honshu, e incluso mucho más el idioma de las Ryukyu. Estamos familiarizados con el proceso por el cual el cantonés, el hokkien, el hakka, etc., que son claramente idiomas por propio derecho –y tan relacionados entre sí como el rumano, el italiano y el español– fueron reducidos a dialectos bajo el nuevo idioma mandarín nacional. En Tailandia, el tailandés de Bangkok pasó a dominar a los denominados dialectos del norte, el noreste y el sur del país, que los habitantes de la capital no suelen comprender.

Dos casos notablemente híbridos los ofrecen Vietnam e Indonesia. En el primero, los colonialistas franceses estaban decididos a romper la cultura conformada a partir del modelo chino del mandarinato, forzando la romanización del vietnamita en los colegios y las editoriales que promovía. En las décadas de 1920 y 1930, los nacionalistas vietnamitas aceptaron y ampliaron cada vez más esta revolución, estableciendo la base para una alfabetización masiva en vietnamita, pero al mismo tiempo cortando un sustantivo contacto directo con la tradición literaria de siglos anteriores, de caracteres basados en la escritura china. En las Indias Orientales holandesas, el gobierno colonial, demasiado inseguro respecto al valor mundial del neerlandés, y demasiado tacaño para gastar el dinero necesario para expandir el neerlandés por un enorme archipiélago, trabajó con una forma normalizada de la antigua lengua franca de las islas, el malayo. A finales de la década de 1920, los nacionalistas indonesios decidieron que este idioma, que ahora se denominaría indonesio, era el verdadero idioma nacional; tras lo cual, muchos grandes idiomas como el javanés, el sundanés, el madurés y el gubinés fueron convertidos en meras lenguas regionales, aunque en su mayor parte son más antiguos que el malayo, y algunos tienen tradiciones literarias mucho más impresionantes que éste.

Tanto India como Filipinas han fracasado –si ésa es la palabra adecuada– en la creación de un idioma nacional generalmente aceptado. El idioma colonial –el inglés– sigue siendo el lenguaje efectivo del Estado y de la elite nacional. En ambos lugares existe una vigorosa cultura literaria en inglés –y nacionalista–, y se ha acomodado a las no menos vigorosas culturas hindi, bengalí, tamil, tagala y cebuana. El antiguo Pakistán se dividió en dos naciones separadas en parte por la supresión por Karachi del bengalí, que se convirtió entonces en el motor del nacionalismo lingüístico en Bangladés y parece muy similar a los anteriores nacionalismos lingüísticos de Grecia, Noruega y la antigua Checoslovaquia. El Estado-nación más reciente de Asia, Timor Oriental, que, a pesar de su pequeño tamaño, contiene más de veinte grupos etnolingüísticos, ha optado por el portugués como lengua de Estado, y por una simple lengua franca (el tetún) como idioma de unidad nacional.

Sería muy difícil decir que hoy en día el nacionalismo indio sea menos serio que el chino, el timorés oriental menos que el tailandés, el indone-sio menos que el japonés, o el taiwanés menos que el coreano. Si uno se pregunta por qué debería ser así, especialmente hoy, es imposible dar una explicación sin pensar en el papel de los medios electrónicos, que para la mayoría ejercen una influencia todavía mayor que la letra impre-sa, la madre original del nacionalismo. La televisión hace posible transmitir inmediatamente las mismas imágenes y símbolos en diferentes idio-mas, incluso para los prácticamente analfabetos y los muy jóvenes. Cada vez más personas, además, se están acostumbrando a utilizar, con dife-rente grado de pericia, diferentes idiomas en diferentes contextos, sin que esto afecte gravemente a su identificación nacional.

Se podría sostener, incluso, como yo he hecho en otro contexto, que las comunicaciones electrónicas, combinadas con las enormes migraciones creadas por el actual sistema económico mundial, están creando una viru-lenta nueva forma de nacionalismo, que yo denomino nacionalismo de larga distancia: un nacionalismo que ya no depende como antes de la localización territorial en un país nativo. Algunos de los nacionalistas sijs más vehementes son australianos, algunos de los croatas son canadien-ses; hay nacionalistas argelinos de nacionalidad francesa; y chinos esta-dounidenses. Internet, la banca electrónica y los baratos viajes interna-cionales están permitiendo que dichas personas tengan una poderosa influencia en la política de su país de origen, aun cuando no tengan intención alguna de vivir allí. Ésta es una de las principales consecuen-cias irónicas de los procesos popularmente denominados globalización; y es otra razón para creer que cualquier distinción drástica e inequívoca entre el nacionalismo asiático y el europeo carece por completo de validez.